
El hombre de las cajas y el barco de contenedores

En algún lugar de Bogotá, a finales de los años ochenta, trabajaba un abogado que parecía más un cartógrafo medieval que un escritor.

Su oficina no estaba dominada por pantallas luminosas ni por algoritmos invisibles. Su paisaje de trabajo era más sobrio: una máquina de escribir metálica, tijeras de oficina, pegante blanco, montones de cartulinas y varias cajas de cartón cuidadosamente etiquetadas.

En las estanterías reposaban libros de derecho financiero como si fueran cordilleras impresas.

El abogado tenía una obsesión: ordenar el territorio jurídico colombiano de la banca.

No era una tarea pequeña.

Las leyes caían como nevadas sobre la cordillera normativa. Los decretos descendían como desprendimientos inesperados. La jurisprudencia serpenteaba como ríos que cambiaban de curso.

Y en medio de ese paisaje inestable alguien debía construir senderos para que otros pudieran caminar.

Así que el abogado diseñó su propio instrumento de navegación.

Un pequeño thesaurus, escrito a mano en un cuaderno alfabético de contabilidad.

Aquella libreta era su brújula.

Allí estaban las palabras que organizaban el universo del derecho financiero: intermediación, encaje, aceptaciones bancarias, régimen cambiario, swaps, supervisión.

Cada palabra era una cumbre.

Cada concepto, un paso de montaña.

Cuando encontraba una ley relevante o una sentencia importante, realizaba el ritual que cualquier investigador de la época conocía: caminaba hasta una fotocopidora —la máquina más sofisticada a su disposición— y producía una copia en blanco y negro.

Había una razón para que fuera en blanco y negro.

En aquellos años, a Colombia apenas llegaban las fotocopadoras a color, y con permisos especiales, porque el país tenía una reputación peculiar: era considerado uno de los lugares más sofisticados del mundo para falsificar dólares.

La historia económica tiene sus ironías.

Con las copias bajo el brazo, el abogado regresaba a su oficina.

Entonces comenzaba la fase artesanal del conocimiento.

Tomaba las hojas, recortaba los fragmentos relevantes y los pegaba cuidadosamente en fichas de cartulina. Cada ficha contenía un pedazo del sistema jurídico.

Luego las organizaba en cajas, siguiendo el orden secreto de su thesaurus.

Con el paso de los años, aquellas cajas se multiplicaron.

Había cajas para el régimen financiero.

Cajas para el régimen cambiario.

Cajas para jurisprudencia bancaria.

El visitante desprevenido podía pensar que estaba entrando en la bodega de un archivero obsesivo.

Pero en realidad estaba observando algo más interesante.

Un modelo físico de gestión del conocimiento.

Porque el verdadero trabajo no estaba en recortar.

Estaba en entender.

El derecho no es una colección de textos; es un ecosistema donde las normas se relacionan entre sí como montañas que se miran desde distintos valles.

Entonces el abogado tomaba otra ficha de cartulina, la introducía en la máquina de escribir y comenzaba a redactar sus interpretaciones.

Conectaba leyes con decretos.

Decretos con jurisprudencia.

Jurisprudencia con doctrina.

Establecía relaciones invisibles entre fragmentos dispersos del orden jurídico.

Era un trabajo lento.

Pero extraordinariamente preciso.

Cuando el mapa estaba listo, lo llevaba a un lugar peculiar dentro de la editorial.

Allí trabajaba una tribu casi mitológica para los autores: el equipo de digitación.

Los escritores no tenían computadores.

Las computadoras vivían en otra sección del edificio, operadas por especialistas que transformaban los textos mecanografiados en archivos digitales.

Semanas después llegaba la primera versión del libro.

Luego venía la revisión.

Después el llamado texto azul, una versión casi definitiva que debía ser aprobada antes de que el manuscrito descendiera a la planta de producción, donde las máquinas de impresión convertían el conocimiento en papel.

Así nacían los libros.

No de un algoritmo.

Sino de una cordada de seres humanos trabajando lentamente en la montaña del conocimiento.

Treinta y cinco años después, el mismo abogado estaba sentado frente a una pantalla.

La montaña había cambiado.

Donde antes había cajas de cartulina, ahora había océanos de información digital. Donde antes había tijeras y pegante, ahora había inteligencia artificial.

Esa semana había escuchado dos afirmaciones que lo dejaron pensativo.

La primera:

—Me da miedo usar inteligencia artificial porque me pueden acusar de plagio.

La segunda:

—Escribir con inteligencia artificial no tiene ningún valor. Se pierde la identidad.

El abogado escuchó con la calma que solo da la experiencia.

Luego recordó sus cajas.

Recordó sus fichas.

Recordó su máquina de escribir.

Y comprendió que algo curioso estaba ocurriendo.

Las personas estaban confundiendo la herramienta con el pensamiento.

Era como afirmar que un alpinista deja de ser montañista porque ahora usa botas más técnicas.

O que un navegante deja de ser capitán porque su barco tiene radar.

La inteligencia artificial no piensa.

Calcula.

Hace algo extraordinariamente útil: ordenar contenedores de información.

Entonces el abogado encontró una metáfora que le gustó.

Antes, escribir un libro era como recorrer un puerto a pie.

Había que abrir cada caja, examinar cada documento, seleccionar cada fragmento de conocimiento y llevarlo manualmente al barco.

Hoy el puerto sigue siendo el mismo.

Pero ahora llegan barcos gigantesos llenos de contenedores.

La inteligencia artificial ayuda a mover esos contenedores. Los clasifica. Los organiza. Los apila con una velocidad imposible para un ser humano.

Pero el barco no navega solo.

Alguien debe decidir qué contenedor subir a bordo.

Cuál dejar en el puerto.

Y hacia qué destino navegar.

Ese alguien sigue siendo el autor.

Porque escribir nunca fue copiar información.

Escribir es construir sentido.

La inteligencia artificial no ha trabajado en la banca colombiana.

No ha supervisado entidades financieras.

No ha enseñado en universidades.

No ha enfrentado decisiones jurídicas reales.

Solo calcula probabilidades entre palabras.

El pensamiento sigue siendo humano.

El criterio sigue siendo humano.

La responsabilidad sigue siendo humana.

En la montaña ocurre algo parecido.

Un GPS puede mostrar la ruta.

Un satélite puede anticipar la tormenta.

Un dron puede observar el glaciar.

Pero cuando el viento golpea la arista y la pendiente se vuelve peligrosa, alguien debe ir primero en la cordada.

Alguien debe clavar el piolet en la nieve.

Ese alguien es el guía.

El abogado cerró el computador.

Pensó en sus viejas cajas de cartulina.

Pensó en el océano digital que ahora tenía frente a sí.

Sonrió.

La montaña era más grande.

Pero el oficio seguía siendo el mismo.

Ordenar el caos.

Encontrar senderos.

Y ayudar a otros a cruzar la cordillera del conocimiento sin perderse en la niebla.

“Si lo escribí con inteligencia artificial, sigo siendo el autor; porque las herramientas calculan, pero el pensamiento sigue siendo un oficio humano.”

Jaime Eduardo Santos Mera

Casa Galápagos, 2.650 msnm, marzo 3 de 2026